

ROBINSON CRUSOE

NACÍ EN EL AÑO DE 1632 EN LA CIUDAD DE YORK, en el seno de una buena familia, aunque no del país, pues mi padre era un extranjero llegado de Bremen para instalarse originalmente en Hull. Tras alcanzar una buena posición como comerciante abandonó el negocio y se trasladó a York, donde se casó con mi madre, emparentada con los Robinson, una muy buena familia de esas tierras, de ahí que me llamaran Robinson Kreutznaer; aunque, dada la habitual corrupción a que se someten las palabras en Inglaterra, ahora nos llaman Crusoe y hasta nosotros mismos nos llamamos por tal nombre y así lo escribimos, e incluso mis compañeros me llamaban siempre así.

Tenía dos hermanos mayores, uno de los cuales era teniente coronel de un regimiento inglés de infantería en Flandes, comandado anteriormente por el famoso coronel Lockhart, y murió en la batalla librada cerca de Dunkerque contra los españoles. Nunca supe nada de cuanto aconteciera a mi segundo hermano, del mismo modo que mi padre y mi madre ignoraron cuanto a mí me ha sucedido.

Por ser el tercer hijo varón y no tener formación para ningún oficio, pronto empezó a llenarse mi cabeza de desvaríos. Mi padre, ya muy anciano, me había dado una preparación tan competente

como pueda esperarse entre la educación doméstica y la escuela pública, y me reservaba para el ejercicio de la ley; sin embargo, a mí solo me satisfacía hacerme a la mar y esa inclinación me enfrentó con tal fuerza contra el deseo de mi padre o, mejor dicho, contra sus órdenes, y contra las súplicas y argumentos de mi madre y de mis amigos, que algo fatal parecía haber en aquella propensión de la naturaleza que apuntaba directamente hacia la vida desgraciada que al fin habría de acaecerme.

Mi padre, un hombre sabio y solemne, me dio un consejo serio y excelente en contra de las intenciones que adivinaba en mí. Una mañana me convocó a su habitación, donde la gota lo mantenía confinado, y objetó muy animosamente al respecto: me preguntó qué razones tenía, más allá de una mera inclinación al vagabundeo, para abandonar la casa paterna y mi tierra de nacimiento, donde podía darme a conocer y donde, con aplicación y trabajo, tenía perspectivas de labrarme un destino, con una vida llena de facilidades y placeres. Me dijo que eran los dueños de destinos desesperados, o bien aquellos que aspiraban a fortunas superiores, quienes se marchaban a la aventura, con el afán de ascender por medio de sus iniciativas y hacerse famosos en tareas cuya naturaleza se sale de lo común; que todo eso quedaba demasiado alto para mí, o bien al contrario, demasiado bajo; que mi condición era mediana, o lo que cabía considerar como la estación superior de la vida baja, la mejor del mundo según su larga experiencia, la más idónea para la felicidad humana, desprovista de las miserias y tribulaciones, de los esfuerzos y sufrimientos propios de la parte mecánica de la humanidad y no estorbada por el orgullo, el lujo, la ambición y la envidia de la parte elevada de la misma. Me dijo que podía juzgar acerca de la felicidad de dicha condición por una sola cosa, a saber: que era la condición de vida envidiada por todos los demás; que los reyes han lamentado a menudo las penosas consecuencias de haber nacido entre grandezas y han deseado haber ocupado la mitad de ambos extremos, entre lo mezquino

y lo grandioso; que los hombres sabios daban testimonio de ser esta la justa medida de la verdadera felicidad cuando rezaban por no tener pobreza ni riquezas.

Me pidió que observara y me diera cuenta de que las partes más bajas y elevadas de la humanidad compartían las calamidades de la vida, mientras que la zona intermedia sufría menos desastres y no estaba expuesta a tantas vicisitudes como las de arriba o abajo; no, ni tampoco quedaban expuestos a tantas molestias e incomodidades, tanto del cuerpo como de la mente como aquellos que, por la vida de vicios, lujos y extravagancias en un caso, y por la dureza del trabajo, la carencia de cosas necesarias y una dieta mala o insuficiente en el otro, se provocan desgracias a sí mismos como consecuencia natural de su modo de vida; que la etapa media de la vida estaba calculada para toda clase de virtudes y goces; que la paz y la plenitud eran las criadas de un destino mediano; que la templanza, la moderación, la quietud, la salud, la compañía, todas las diversiones agradables y todos los placeres deseables, eran dones concedidos a la condición media de la vida; que así los hombres transitaban en silencio y con suavidad por el mundo y lo abandonaban cómodamente, sin el embarazo de los trabajos manuales o mentales, sin venderse a la esclavitud para obtener el pan diario, o acosados por circunstancias de perplejidad que le roban al alma la paz y al cuerpo el descanso; no se someten a la rabia pasional de la envidia ni a la secreta lujuria ardiente de la ambición por las grandes cosas, sino al amable deslizarse de las cómodas circunstancias por el mundo, saboreando con sensatez los dulces del vivir, sin la sensación amarga de ser felices y aprendiendo por la experiencia cotidiana a saborearlos con aún mayor sensatez.

A continuación me instó con gran severidad, y del modo más afectuoso, a no cometer un error de juventud y no precipitarme hacia unas desgracias de las que tanto la naturaleza como la estación de la vida en que había nacido parecían tender

a librarme; que no necesitaba buscarme el pan; que él proveería por mí y se esforzaría por llevarme limpiamente hasta la estación de la vida que acababa de recomendarme; y que si no me encontraba a gusto y feliz en el mundo sería porque lo dificultara mi destino o mis defectos y él no respondería por ello, pues había cumplido con su deber al advertirme contra aquello que me iba a perjudicar. En pocas palabras, él podía hacer cosas muy buenas por mí si seguía su recomendación de quedarme en casa y asentarme, y se negaba a ser partícipe de mi desgracia animándome a partir. Y ya por terminar me dijo que tenía el ejemplo de mi hermano mayor, con quien había usado la misma clase de serios argumentos para impedir que se fuera a la guerra de los Países Bajos, mas no había podido imponerse porque sus deseos de juventud lo habían impulsado a alistarse corriendo en el ejército, donde había hallado la muerte; y aunque dijo que no dejaría de rezar por mí, se atrevía a advertirme que, si al fin daba aquel estúpido paso, Dios no me concedería su bendición y en el futuro tendría mucho tiempo libre para reflexionar sobre las consecuencias de haber despreciado sus consejos cuando no hubiera ya nadie dispuesto a ayudarme.

Observé en esa última parte del discurso, que resultó ciertamente profética, aunque supongo que entonces ni él mismo lo sabía, digo que observé que las lágrimas rodaban en abundancia por su rostro, especialmente cuando hablaba de mi hermano muerto; y que al mencionar que yo tendría tiempo libre para arrepentirme sin nadie que pudiera ayudarme, también se conmovía, tanto que cortó su discurso y me dijo que estaba su corazón tan lleno que no podía decirme ni una palabra más.

Ese discurso me afectó sinceramente, como no podía ser de otro modo, y resolví dejar de pensar en los viajes y asentarme en el hogar según los deseos de mi padre. Mas, ay, todo se me pasó en unos pocos días y, en breves palabras, para evitar que mi

padre me importunase de nuevo, algunas semanas después resolví alejarme de él. No me dejé llevar por la prisa, ni por la calentura de mi primera resolución, sino que me acerqué a mi madre en un momento en que me pareció que estaba algo más amable de lo habitual y le dije que estaba tan convencido de irme a ver mundo que nunca sería capaz de poner en nada que hiciera la determinación suficiente para terminarlo y que sería mejor si mi padre me daba su consentimiento en vez de obligarme a renunciar; que ya tenía dieciocho años, demasiados para emplearme como aprendiz de cualquier negocio o de escribano de algún abogado; que estaba seguro de que, si así lo hacía, nunca llegaría a cumplir el tiempo apalabrado y sin duda huiría de mi señor para hacerme a la mar antes de cumplirse dicho tiempo; y que por favor hablara con mi padre para que me dejase embarcar al menos en un solo viaje, de modo que al regresar, si no me había gustado, no volvería a irme, al tiempo que prometía recuperar con doble diligencia el tiempo que hubiese perdido.

Eso despertó una gran pasión en mi madre. Me dijo que le constaba que de nada serviría hablar con mi padre de semejante asunto: que él sabía demasiado bien lo que más me convenía, como para dar su consentimiento a algo tan perjudicial para mí, y que cómo podía ocurrírseme algo así después de la charla que había tenido con él, sabiendo que él me había dedicado expresiones tiernas y bondadosas y que, en pocas palabras, si yo mismo me arruinaba no habría ayuda posible para mí; que diera por cierto que nunca obtendría su aprobación. Que por su parte no pensaba participar de ese modo en mi destrucción y que jamás se me ocurriera decir que mi madre, al contrario que mi padre, sí estaba dispuesta.

Aunque mi madre se negó a intervenir ante mi padre, más adelante supe que le había trasladado todo mi discurso y que él, tras mostrar gran preocupación, le dijo con un suspiro: “Este

muchacho podría ser feliz si se quedara en casa, mas si parte de viaje será el más miserable desdichado que jamás haya nacido; no puedo dar mi consentimiento”.

Hubo de pasar casi un año antes de que me escapara, aunque durante ese tiempo seguí prestando oídos sordos obstinadamente a cualquier propuesta de asentarme en los negocios y protestando con frecuencia ante mis padres por su firme determinación contraria a mis inclinaciones. Sin embargo, un día fui por casualidad a Hull, sin el menor propósito de fuga en esa ocasión, pero, como digo, me encontraba allí y resultó que uno de mis compañeros se iba a desplazar por mar a Londres en el barco de su padre y me propuso que fuera con ellos, con las clásicas añagazas de los marineros, a saber: que nada debería pagar por mi pasaje. Ya no volví a consultar a mi padre ni a mi madre, ni tan siquiera les mandé recado alguno, ya se enterarían como fuera, y sin pedir la bendición de Dios, ni la de mi padre, sin consideración alguna de las circunstancias o de las consecuencias, y sabe Dios que en mala hora, el primero de septiembre de 1651 me embarqué rumbo a Londres. Creo que nunca los infortunios de un aventurero empezaron tan pronto ni fueron tan largos como los míos. Apenas el barco acababa de abandonar el río Humber cuando el viento empezó a soplar y el mar se alzó de la manera más aterradora. Y, como nunca antes me había hecho a la mar, mi cuerpo experimentó un mareo inefable y el terror invadió mi mente. Entonces me puse a reflexionar seriamente acerca de lo que había hecho y de cuán justamente me sorprendía el juicio de los cielos por la maldad de partir de la casa de mi padre y abandonar mis obligaciones. Todos los buenos consejos de mis progenitores, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre regresaron frescas a mi mente en ese momento; mi conciencia, que aún no había llegado al extremo de dureza que alcanzó más adelante, me reprochó que hubiera despreciado las advertencias y que hubiera incumplido mis obligaciones con Dios y con mi padre.

Todo ello mientras arreciaba la tormenta y el mar, en el que nunca antes me había embarcado, alcanzaba gran altura, aunque no tanta como he visto otras veces desde entonces; no, no fue como lo que vi pocos días después. Pero sí lo suficiente para afectarme en ese momento. Esperaba que cada ola nos tragara y que cada vez que el barco caía en lo que, para mis pensamientos, era la hoya, o el hueco del mar, ya no volviéramos a levantarnos. En la agonía de mi mente hice muchos votos y promesas: que si Dios tenía a bien salvar mi vida en aquel viaje, si alguna vez llegaba a pisar la tierra iría directamente a casa de mi padre y nunca en la vida volvería a embarcarme; que seguiría sus consejos y nunca volvería a meterme en aquella clase de miserias. En ese momento veía con claridad la bondad de sus observaciones acerca de la estación media de la vida, con qué facilidad, de qué manera tan cómoda había vivido él todos sus días sin verse jamás expuesto a las tempestades del mar, ni a los problemas de la costa, y decidí que, como un hijo pródigo en verdad arrepentido, regresaría a la casa de mi padre.

Esos pensamientos sabios y sobrios se prolongaron mientras duraba la tormenta, e incluso algo después, mas al día siguiente amainó el viento y se encalmó el mar y yo empecé a acostumbrarme un poco. Aun así, pasé todo el día muy afectado e incluso algo mareado todavía. Sin embargo, hacia la noche se aclaró el tiempo, casi se detuvo del todo el viento y nos llegó un atardecer suave y encantador; se puso el sol con perfecta claridad y así amaneció también el alba; como hacía poco viento, por no decir ninguno, y el mar estaba liso bajo el brillo del sol, me pareció que jamás había disfrutado de una vista tan hermosa como aquella.

Había dormido bien por la noche y ya no estaba mareado, sino de buen ánimo, asombrado al ver que aquel mar, tan terrible y brusco el día anterior, pudiera parecer calmo y apacible tan poco tiempo después. Y entonces, no fuera a ser que mis buenas intenciones siguieran adelante, mi compañero, el mismo que me había

engatusado para partir, se acercó a mí: “Bueno, Bob –me dijo con una palmada en el hombro–. ¿Cómo estás ahora que ha pasado? Desde luego, anoche estabas asustado, ¿verdad? Y eso que solo sopló una brisilla”. “¿Llamas a eso una brisilla? –le pregunté–. Fue una tormenta terrible”. “¿Una tormenta, iluso? –replicó–. ¿Llamas a eso una tormenta? La verdad es que no fue nada; danos un buen barco y mar abierto y una borrasca como esa nos parece poca cosa. Pero tú eres un marinero de agua dulce, Bob. Ven, preparemos un ponche y olvidémonos de todo eso, ¿has visto qué buen tiempo tenemos ahora?”. Por abreviar esta triste parte de mi historia, lo hicimos todo al modo de los marinos, preparamos el ponche y me emborracharon con él, y en la malicia de esa noche ahogué todo mi arrepentimiento, todas mis reflexiones sobre mi conducta anterior y todas mis resoluciones para el futuro. En pocas palabras, así como el mar recuperó la lisura de su superficie y quedó en calma al amainar la tormenta, al desaparecer la premura de mis pensamientos, al quedar por completo en el olvido mis miedos y aprehensiones de ser tragado por el mar, al renacer la corriente de mis antiguos deseos, yo olvidé por completo los votos y las promesas hechas durante mi aflicción. Aún tuve, sin duda, ciertos intervalos de reflexión y los pensamientos serios se esforzaban por regresar de vez en cuando, pero me los sacudí y me alejé de ellos como se huye del moquillo y, entregado a la bebida y a la compañía, pronto controlé el regreso de aquellos ataques, pues así los llamaba, y en cinco o seis días obtuve una victoria absoluta sobre mi conciencia, como desearía cualquier joven decidido a impedir que esta lo incomode. Sin embargo, aún me esperaba otra prueba. Y la Providencia, como ocurre por lo general en estos casos, resolvió dejarme sin excusa por completo: si no había tomado aquel episodio como advertencia, el siguiente sería de tal naturaleza que hasta el más desdichado entre nosotros reconocería el peligro y pediría compasión.